

Mundos de Cristal

Ella cepilla su pelo, rubio, ondulado, ligero, con esa costumbre aprendida tras años de espejo. El hábito es un lugar incómodo cuando tiemblan los azogues, y el suyo, esta mañana de invierno demasiado cálida y luminosa, se empeña en no estar quieto. Dibuja viejos espacios, ilusiones olvidadas, e insiste en un guiño sistemáticamente ignorado. Pero esta mañana cálida y luminosa de Enero tiene de repente voluntad propia, y se resiste a su condición de fecha ensayada. Ella, tenacidad vencida, se enfrenta con el azul de unos ojos en llamas. Vivir, alguien dijo, es ir doblando las banderas. Pero acaso el papel de una mañana de invierno cualquiera, pero mañana nueva, sea otro distinto al que la inercia de los pliegues apuntaba. En el azul encendido reencuentra los miedos anhelados.

Él disfraza de sueño su pereza. Hastío de intentos inútiles los gestos repetidos. Y se revuelve en las sábanas de una casa demasiado solitaria. Juega a soñar posibles, pero teme su calidad de náufrago. Demasiado a menudo la tabla, no el barco, ha sido el lugar ansiado. Recorre los rincones vacíos de una casa desnuda como quién teme encontrar el milagro. El azul de un mar amigo sólo le recuerda su empeño de solitario. Lava su tedio con ilusión ficticia de año recién empezado, y al salir de la ducha el cristal de su mirada le grita el engaño. También su mirada se enciende, con una larga hilera de mástiles vacíos, desnudos, helados. Y sabe que ese camino solo lleva a agotar estandartes. Se busca en el espejo e insiste en reconocerse, pero esta mañana suya que tampoco quiere ser cómplice no está dispuesta a la tregua, y el espejo hoy no acepta simulacros.

Ella sacude la cabeza con el primer ruido de su casa habitada. Antes de salir retiene el reflejo de sus ojos en su mirada. Porque esta mañana no está dispuesta a batirse en retirada. Sonríe, gesto aprendido, a quien la llama, pero lleva consigo el olor del cristal de la duda.

Él duda, se viste y duda, se revuelve y duda, y la libertad de festivo impuesto hiere como cristal de espejo. Acude a sus libros, y duda. Acude a su cocina, y duda. Huye a la calle en ayunas con dos libros, buscando un alma abierta en festivo donde desayunar, pero solo encuentra silencio. Entre el café

con leche y el croissant se cuele el recuerdo de un pelo ondulado y unos ojos azules, de una sonrisa, un breve almuerzo, un fugaz abrazo. El tiempo nunca es cómplice, recuerda. Y del recuerdo de aquel encuentro, escaso y lejano, regresa el cristal de esa mañana de nuevo año en que el espejo tampoco quiso ser cómplice. Cierra el libro y cuenta. Apenas posee banderas que doblar.

Ella descansa sus miedos en un día de año nuevo que vivir. No entiende ese azogue que le interroga, pero hoy los gestos aprendidos para sobrevivir se resisten en parecer naturales. El halo de una felicidad obligada aumenta su inquietud. Difíciles esquinas las del alma. Regresan por un instante el recuerdo de una voz nueva, las risas y los versos apenas compartidos con estigma de delito, la impotencia de un tiempo imposible y de unas manos demasiado lejanas. Y la ilusión se convierte en campo abierto a la duda.

Él está ausente. La noche le sorprende en casa ajena y está ausente. Apenas sin palabras. Solo el recuerdo de unos ojos encendidos demasiado próximos a sus ojos le acompaña. Se disculpa y sale. Noche de esquinas sin morada. Piensa en llamarla, pero la felicidad es frágil en manos de la duda del cristal. Ilícito encender los espejos de un hogar en calma. Marca al fin. Voz ajena le responde y él pregunta. "¿de parte de quién?" Se desean feliz año. Feliz año y esperanza.

© Lluís Villar.